



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



042-04

¿QUIÉN ES MI PRÓJIMO?

Jacques Maritain

Conferencia pronunciada en el '*IV Congreso Mundial de los Creyentes, por los derechos de la persona humana*'. 1939. Fue publicado posteriormente, en 1944, como capítulo IV del libro '*Principios de una Política Humanista*'.

Preliminares

¿Ha de ser mirado como un insalvable obstáculo para la cooperación humana el evidente hecho histórico de la diversidad de creencias? Puesto que no podemos hacer otra cosa mejor, por lo pronto es una real ventaja mirar al problema valientemente de frente y tener conciencia de su realidad.

¿Pero no es una paradoja creer que, a pesar del estado de división religiosa en que está colocada la humanidad, puede establecerse entre los hombres el espíritu de unión, el buen compañerismo, el diálogo fraternal en tanto unos y otros estén relacionados con su Dios, dependiendo el corazón de su fe en él y del culto que le rinden?

También el hombre es una paradoja; y lo que parece más asombroso aún es el “inmenso amor” de Aquel que nos ha amado primero y cuyas predilecciones sirven al bien de todos.

El asunto estriba en que la historia por un lado no nos demuestra que el sentimiento religioso y las ideas religiosas hayan contribuido con algún éxito especialmente perceptible a la pacificación de los hombres; pareciera, antes bien, que las oposiciones religiosas hubieran nutrido y agravado sus conflictos. Sin embargo, si la población temporal debe, por otra parte, reunir en el servicio del mismo bien común y terrestre a los hombres pertenecientes a distintas familias espirituales, ¿cómo podrá ser establemente asegurada esa paz de la población terrenal, si por lo pronto, en el dominio en que más interesa al ser humano – el dominio espiritual o religioso mismo – las relaciones del buen entendimiento y de la mutua comprensión no pueden establecerse? La palabra inglesa *fellowship* no es fácil de traducir: su equivalente en nuestro idioma, no pudiera ser quizás el menos malo, o acuerdo fraternal, o, como digo siempre, ***compañerismo***.

En todo caso, a mí me agrada más esta palabra que la de tolerancia, puesto que ella evoca un conjunto de relaciones positivas – positivas y elementales –. Evoca la idea de compañeros de viaje que por buen acierto se encuentran reunidos aquí abajo caminando por las sendas de la tierra – por fundamentales que sean sus oposiciones – en buen acuerdo humano, con buen humor y en cordial solidaridad. Ah, bien, pues, por las razones acabadas de indicar, el problema del buen compañerismo, del *fellowship* entre los miembros de las distintas familias religiosas se presenta como el principal para la nueva época de la civilización que se bosqueja en el crepúsculo donde estamos. Séame permitido citar aquí las palabras pronunciadas por el Papa Pío XII cuando su coronación: “*Nuestro pensamiento – dijo – va también en este solemne momento a todos aquellos que están fuera de la Iglesia y que se alegrarán, nosotros gustamos creerlo, al saber que el Papa también eleva por ellos hacia Dios todopoderoso, las oraciones y los deseos de toda clase de bienes*”.

La deliberada aproximación entre los creyentes de las diversas familias religiosas es cosa relativamente nueva. En aquella solemne circunstancia el Papa ha invitado a los hombres de buena voluntad. Ello se debe, sin duda, a los peligros inminentes que nos amenazan: ateísmo abierto y públicamente dirigido contra Dios, el seudo ateísmo que pretende hacer del Dios viviente un genio protector

del Estado o un demonio de la raza. Si es así, convengamos que la lección es severa para los creyentes.

¿Hay necesidad de que Dios permita la afrentosa degradación de la especie humana a que asistimos, y de tantas persecuciones y agonías, para que al fin aquellos que creen en él comiencen a internarse de verdad en sí mismos, hasta las misteriosas regiones donde la imagen del Dios del amor se descubre invisiblemente en nosotros, y donde nos entendemos por leves que sean los golpes dados por él en nuestra puerta aherrojada?

Digamos en seguida que el acercamiento de que aquí se trata, podría ser entendido de manera muy falsa, y vamos a eliminar inmediatamente esas erróneas interpretaciones. El tal acercamiento no podría ser evidentemente obtenido al precio del doblegamiento de la fidelidad y de la falta a la integridad dogmática, o de la disminución de aquello que se debe a la verdad. Es, por el contrario, suponiendo que cada uno va con el máximo de fidelidad hasta la luz que le muestran, como tal aproximación es concebible. Además vemos claramente que no podrá ser puro, ni por tanto legítimo y eficaz, si no está libre de toda intención utilitarista, y de la propia sombra de una subordinación de la religión en defensa de no importa cuál interés terrestre o qué bienes adquiridos.

Por sobre las condiciones de que acabo de hablar y que son a decir verdad de orden negativo, me parece que el acuerdo marcha por sí. Pero uno de los aspectos de la paradoja que he señalado al comienzo, es que cuando se pasa a las consideraciones positivas, la justificación misma y la razón de ser de ese buen compañerismo entre los creyentes pertenece a las religiones más distintas, que cada uno entiende dentro de su propia perspectiva y su universo de pensamiento; y si esas perspectivas son irreductiblemente heterogéneas, esos universos de pensamiento no coinciden en ninguna parte de manera exacta. Sus dimensiones son inconmensurables ante el día de la eternidad. No hace falta disimular el hecho, ya que sencillamente testimonia la coherencia interna de los sistemas de signos, contruidos sobre los distintos principios, y de los cuales depende para el espíritu humano la vida cognoscitiva. Las nociones fundamentales, como la absoluta unidad en Dios, no tienen el mismo sentido para un judío y un cristiano, ni tampoco la noción de la trascendencia y la incomunicabilidad divina la tienen para un cristiano y un musulmán, ni aquéllas de la persona, de

la libertad, de la gracia, de la revelación, de la encarnación, de la naturaleza y de la super-naturaleza, para la India y el Occidente, y la no violencia que es allí otra cosa que la caridad aquí.

El privilegio de la inteligencia es, sin duda, el de poder entenderse en otras lenguas que aquella de que se sirve. Deducimos entonces que si en lugar de ser hombres fuéramos sistemas de ideas puras, nuestra ley sería devorarnos los unos a los otros, a fin de digerir en nuestro universo del pensamiento todo aquello que los otros universos contienen de veras.

Pero precisamente somos hombres, ocultando en cada uno el misterio ontológico de la personalidad y de la libertad y en cada uno de los cuales el abismo de la santidad del Supremo se actualiza en la presencia universal donde exige morar como en su templo a manera de don. Hablar a cada uno en su propia perspectiva. Supongo que entre los lectores de este libro habrá alguno que no comparta mi fe. Quisiera decirle así brevemente pero también lo más claro y explícito posible – con esa confianza que es precisamente uno de los caracteres de la mutua benevolencia – cómo, para mí, católico, la paradoja *fellowship*, considerada hace un momento, se resuelve desde el punto de vista de la filosofía que tiene en cuenta las bases de la teología. No he de excusarme de esta excursión al campo teológico, ya que es reclamada por mi tema.

La doctrina católica concerniente al estado de los no católicos ante Dios

Sabemos, según la fe católica, que Dios después de haber hablado en diversos e imperfectos modos por medio de los profetas, habló una vez de manera perfecta y definitiva por medio de su Palabra increada, que tomó carne en el seno de una virgen de Israel, para morir por todos los hombres, y que el depósito de esta revelación ha sido confiado a un cuerpo viviente y visible, compuesto de justos y de pecadores, pero especialmente asistido por el espíritu de Dios, en su misión de verdad y de salud. Así cumple su gran papel entre los católicos la autoridad. Pero más acá de los dogmas y de las conexas verdades, la libertad desempeña también papel preponderante y la diversidad de opiniones en cuestión de materia humana es bastante más grande en la Iglesia, de lo que se imagina desde afuera. Sé que, por las enseñanzas de la

Iglesia, la fe puede llevarnos hasta una insospechada materia conexas: pero aun estando íntegramente relacionado con esa enseñanza puedo estar en agudo conflicto con otros católicos tanto sobre cuestiones políticas y sociales – la democracia, el sindicalismo, la guerra de España o la segunda guerra mundial –, como sobre cuestiones teológicas, filosóficas o históricas.

Ello es sí porque es sólo en la pureza y en la integridad de la palabra de Dios como los fieles se relacionan entre sí; la autoridad de su magisterio no mira en sí más que la salvaguardia de ese depósito viviente; así como todo aquello que llamamos jurisdicción de la Iglesia no tiene otra misión que la de cuidar de sus fieles, y es con la primera verdad en persona hablándoles al corazón como ellos se adhieren por medio de los enunciados dogmáticos que llevan a todos la revelación; pues siendo católicos y por la fe católica no será ninguna opinión humana, teológica o filosófica, por bien fundada que esté, por la que ellos se relacionen en conciencia y menos aún por los juicios en materia profana y contingente o por alguna fuerza temporal. Y ello no es por ninguna particularidad de cultura o de civilización y menos aún de raza y de sangre – sino por aquello que es la propia universalidad, la sobreuniversalidad; es decir, lo divino –: son las palabras y los preceptos de Aquel que dijo: Soy la Verdad, que os habla.

Esta es la manera sucinta como se presenta la perspectiva católica. La teología católica nos enseña que es por amor, como dice San Juan de la Cruz, del modo que seremos juzgados; de otro modo dicho, que la salud y la vida eterna dependen de la caridad; y también enseña que la caridad presupone la fe y se enraíza en la fe o dicho de otro modo, en la adhesión a la verdad divinamente revelada. Ya que enseña que la explícita fe en Cristo, ilumina en el espíritu humano los íntimos secretos de la verdad y de la vida divina pero no es sólo el medio requerido para que las almas aguarden los supremos grados de conformidad con Dios y su divina unión, y la condición necesaria para que los pueblos se eleven hasta el grado completamente humano de moralidad general y de civilización: sino que es también la plena respuesta y la reverente aceptación en justicia debida a la verdad y al don de Dios que inclina hacia nosotros su gloria. La fe explícita en la verdad revelada es, así, el primer deber de quien no es capaz de escuchar la palabra de Dios por el oído y en su corazón.¹

1 Tal adhesión surge de lo profundo de la libertad humana movida por la gracia; toda sujeción humana es rechazada por la esencia del acto de fe.

Pero la teología católica acredita ante las almas, aún en aquellas que se encuentran en la posibilidad de conocer explícitamente esa verdad en su integridad, que la fe es ofrecida por la gracia; si esas almas son de buena fe y no rehusan la gracia interior, tienen entonces -y esto creyendo sólo si ellas no tienen luz- que Dios existe y salva a aquellos que lo buscan,² (y Dios sabe mucho mejor que ellos si creen en Él), tienen entonces la fe implícita en Cristo y se adhieren implícitamente a la verdad divinamente revelada por entero. Así pues, cuando los católicos piensan que fuera de la Iglesia no hay salud, esta máxima de la cual no hay que escandalizarse cuando no se comprende su sentido exacto, y si se ignora lo que comúnmente enseña “al alma de Iglesia”, para ellos significa que no hay salud fuera de la Verdad, la cual de manera explícita se ofrece a todos gratuitamente. ¿Y esto no parece bien de acuerdo a la naturaleza del hombre y a su dignidad esencial? Bien por cierto que si hay una salud fuera de la Verdad, yo no la quiero, puesto que quiero más a la Verdad que a mi alegría y a mi libertad, o mejor, porque sí bien que sólo la Verdad puede ser mi alegría y mi liberación.

Pensamos pues que no hay salud fuera de la Verdad, y que la razón de que todos los hombres no la conozcan implícitamente, la razón de la división religiosa, lejos de ser una cosa buena en sí, es la marca de la miseria de nuestra condición; pero también pensamos, como acabo de explicar, que la Verdad habla al corazón de todos los hombres, y que sólo Dios sabe cuáles son los que, nacidos en tal o cual parte del mundo y colocados o no bajo el régimen de su palabra públicamente revelada, escuchan verdadera y eficazmente su palabra interior y secreta. Creemos que no hay salud fuera de Cristo, pero también creemos que Cristo ha muerto por los hombres, y que a todos les ha sido ofrecida la posibilidad de creer en él, explícita o implícitamente. Creemos pues, que no hay salud fuera del cuerpo místico de Cristo. Pero también creemos que aquellos que están visiblemente incorporados a ese cuerpo por la confesión de fe y los sacramentos, de esta manera designados para continuar en el tiempo la obra de la redención, al recibir una efusión más vasta de los medios de gracia, no son sólo los que están en él; pensamos que todo hombre de buena fe y de recta voluntad, a condición de que no peque contra la luz y no rehuse interiormente la gracia ofrecida, pertenece, como hemos dicho, al alma de la Iglesia, o en otros términos, toma invisiblemente y por

2 San Pablo: Epístola a los Hebreos, XI, 6.

el movimiento de su corazón, parte de la Iglesia visible y recibe de su vida, que es la vida eterna; sin que además ninguno, sea cristiano o no, sepa si él es digno de amor o de odio.

Se reprocha muchas veces a los católicos que hablen a los otros con aire dominador o protector; deduciendo de la fragilidad humana esto bien puede suceder a muchos de ellos. En realidad todavía su situación es poco confortable, están heridos doblemente, de las heridas de sus faltas y de las exigencias de su Dios. No sólo porque la razón les hace ver que también las otras religiones pueden transmitir a los hombres muchas grandes verdades, bien que a sus ojos incompletas y mezcladas – y algunas veces, cuando se trata de ciertos secretos de espiritualidad natural o de maestría psicofísica, ciertas verdades del Evangelio no tienen éxito de enseñanza –, sino que aún, y esto es mucho más importante, la verdad natural que han recibido, no en monopolio sino para otorgarla a los demás, a los hombres que pertenecen a otras familias espirituales ¡qué digo!, a los pobres idólatras; si tienen buena fe y si su corazón es puro, pueden vivir mejor que uno, u otro de ellos. ¡Y no perderán el corazón si la gracia los sostiene! El árbol se dobla por la plenitud del fruto, dice Santo Tomás de Aquino.

La Iglesia exulta el testimonio que está encargada de llevar; y el cristianismo se exulta en ella; por los privilegios recibidos sabe que es un estricto deber confesar la santa realidad. Puesto que la divina libertad da como le place a aquel que le place. Pero es en un frágil vaso, como dice San Pablo, donde cada alma fiel lleva la gracia. Llevar sobre sus miserables hombros humanos en cualquier medida la carga de la divina verdad, no le vale al creyente para tomar un aire superior o protector, sino más bien para excusarse y pedir perdón a todos los transeúntes. *Euntes ibant et flebant*, iban yendo y llorando. Sé bien que hay hombres – y tal vez sea para compensar su poca fe práctica – que despreciando a los otros no cesan de repetir: nosotros los creyentes, nosotros los bien pensantes, nosotros los cristianos, nosotros los católicos, y algunas veces también, nosotros los católicos natos, como si no fueran pecadores como todo el mundo. Y no sospechan que al ofrecer así su orgullo en testimonio de la religión, dan tristeza a la gente que los ve blasfemar contra el Señor.

El fundamento del buen compañerismo entre los hombres de distintas creencias dentro del orden espiritual

Y ahora, para volver a nuestro compañerismo de los creyentes, es preciso, creo, ver bien cuál es dentro de la perspectiva católica la base de ese compañerismo. No es base situada en el orden del intelecto o de las ideas, sino en el corazón y en el amor: es la amistad, la amistad natural, pero por lo pronto y ante todo la mutua dilección en Dios y por Dios. El amor no va en las esencias, ni en las cualidades, ni en las ideas, sino en las personas, y es el misterio de las personas y de la divina presencia en ellas lo que está en juego. El compañerismo en cuestión no es el compañerismo de los creyentes, es el compañerismo de los hombres que creen.

La convicción que cada cual tiene, con razón o sin ella, de los límites, carencias o errores del otro, no impide la amistad de los espíritus. En el diálogo fraternal de que nosotros hablamos es necesaria una especie de perdón, y de remisión, que no recaer sobre las ideas – que no merecen ningún perdón si son falsas –, sino sobre el alma de nuestros semejantes. Cada creyente sabe bien que todos los hombres serán juzgados, él y los demás; ni el uno ni los otros son Dios, para juzgar al prójimo. Y todos ignoran lo que cada uno es ante Dios. Aquí el *no lite judicare* del Evangelio se impone con toda su fuerza; podemos juzgar las ideas, las verdades y los errores, las acciones buenas o malas, el carácter, el temperamento, y las disposiciones interiores según ellas se manifiestan. Nos es imposible juzgar el secreto de los corazones, de ese centro inaccesible donde día tras día el hombre anuda su propio destino y sus lazos con Dios. Allí no hay otra cosa que hacer sino tener confianza en Él. A esto conduce precisamente el amor por el prójimo.

Hay quienes no aman la palabra amor, les molesta, porque ha llegado a ellos desvirtuada y la vuelven a encontrar en labios podridos, y en corazones que se adoran a sí mismos. Dios no tiene ese purismo: su apóstol Juan nos dice que Dios es el amor subsistente.

No existe más que una causa lógica y proporcionada de pacificar y de unión entre los hombres: es el amor – desde luego el amor natural hacia los otros, pobres seres que tienen nuestra misma esencia, mismos dolores y misma dignidad

natural: pero este amor no es suficiente, porque las causas de división son muy fuertes; hace falta un amor de origen más alto e inmediatamente divino, el que la teología católica llama sobrenatural, un amor en Dios y por Dios, que si de una parte fortifica en su propio dominio las diversas dilecciones de orden natural, de la otra las trasciende a lo infinito. Bien diferente de la simple benevolencia humana, ya fuerte, noble en sí misma, pero en definitiva ineficaz, preconizada por los filósofos. La caridad, solamente, como señalaba Bergson en su gran libro sobre los 'Dos orígenes' puede abrir nuestro corazón al amor de todos los hombres, porque viniendo de Dios que es el primero en amarnos, quiere para todos el mismo bien divino, la misma vida eterna que hay en nosotros, y ve, en todos, los llamados de Dios, rebotante por así decirlo de los misterios de su misericordia y de las amabilidades de Su bondad.

Yo quisiera insistir un momento sobre la ley en sí misma y sobre los privilegios de la amistad de caridad, en lo que concierne precisamente a las relaciones entre creyentes de diversas denominaciones religiosas (como entre creyentes y ateos). Por una parte, las explicaciones precedentes nos lo han mostrado suficientemente: 'Sería falso decir que tal amistad es supra-dogmática o que se establece a despecho de los dogmas de la fe. Esa manera de hablar es inadmisibile en todos esos para quienes la palabra de Dios es tan absoluta como su unidad y su trascendencia. Yo sé muy bien, que al perder la menor partícula de mi fe, perdería mi fe y mi alma. Un mutuo amor que se adquiriera al precio de aquélla, que pretendiera establecerse sobre el sincretismo o el eclecticismo, o que invocando la parábola de los tres asnos de Lessing dijera: Yo amo a quien no tiene mi fe, porque después de todo, no estoy seguro de que la mía sea la verdadera fe, y que ésta lleve la marca del verdadero amo, reduciendo así la fe a una simple herencia histórica y concentrándola bajo un sello de agnosticismo. Ese tipo de amor, para quien cree haber entendido la palabra de Dios, volvería a colocar al hombre por encima de Él.

Por el contrario, el amor de caridad, va desde luego a Dios, y a todos porque todos son amados en Dios y por Dios, más de lo que lo son por sí y en ellos mismos; nace en la fe – en la fe al menos implícita, según la doctrina que mencionamos hace un momento –, y descansa en ella, yendo a quienes no la tienen; es la propiedad misma del amor. En todo lugar o donde él va, lleva consigo nuestra fe.

Por otra parte, la amistad de caridad no nos hace reconocer solamente la existencia de los otros -esta verdad es muy difícil para los hombres, y encierra en sí todo lo esencial. Nos hace saber que el otro existe, no como un accidente cualquiera del mundo empírico, sino que existe ante Dios y tiene derecho a existir. Viviendo en la fe, la amistad de caridad nos ayuda a reconocer todo lo que las creencias que no son la nuestra comportan de verdad y de dignidad, de valores divinos y humanos; ella nos las hace respetar, nos impulsa a buscar sin cesar en las mismas, todo lo que lleva la marca de la grandeza original del hombre y de las amabilidades y generosidades de Dios. Nos ayuda a establecer una mutua comprensión entre unos y otros. No es dogmática, es supra-objetiva; no nos saca de nuestra fe: nos hace salir de nosotros mismos.

Es decir, nos ayuda a purificar nuestra fe, del egoísmo y de la subjetividad en que tendemos a encerrarnos. Y es decir también, que la misma comporta inevitablemente una especie de desgarramiento del corazón: dirigido a la verdad que él ama, y al prójimo que ignora o desconoce esta verdad. Esta condición es inherente a la labor de acercamiento “ecuménico”, como se dice, entre cristianos separados. Con cuánta mayor razón está implicado en el trabajo de acercamiento y de mutua comprensión entre creyentes de todas las denominaciones. Yo desconfío de una amistad entre creyentes de diferentes credos que esté acompañada de algo así como de un especie de sentimiento, o dolor del alma; que sea fácil y comfortable; como desconfío de un universalismo que pretendiera reunir en un mismo servicio de Dios y una misma piedad trascendente todos los tipos de creencias y todos los modos de adoración.

El deber de fidelidad a la luz, seguirla siempre por donde se la vea, es una obligación que no se elude; dicho de otro modo, el problema de la conversación, para quienes sienten el aguijón de Dios, y en la medida en que son alcanzados por él, no puede ser evitado, lo mismo que por otra parte la carga del apostolado. Y por reflejo, desconfío también, de una amistad entre creyentes de igual denominación que fuese fácil y cómoda, porque la caridad ahí sería reservada a los correligionarios, de un universalismo que limitaría el amor solamente a los hermanos en la fe, de un proselitismo que no amaría al prójimo sino para convertirlo en la medida en que él fuera convertible, de un cristianismo que sería el cristianismo de los buenos contra los malos, y que confundiría el orden de la caridad con eso que un gran espíritu del siglo XVII llamaba un orden de policía.

La cooperación de los hombres de diferentes creencias en el orden temporal

Se desprende de estas reflexiones, que en la posición católica en que estoy colocado. el acercamiento entre creyentes de toda; denominaciones religiosas no podría efectuarse sobre el plan religioso y espiritual, sino por y en la amistad y la caridad, por y en la pura espiritualidad y libertad del amor, sin volcarse en ninguna clase de comunión menos incomprensible y más determinada, más visible, expresada en el orden del intelecto especulativo y práctico por cualquier comunidad de símbolo o de forma sagrada. Pero sobre el plan de la vida temporal y profana conviene, por el contrario, que este acercamiento se exprese en actividades comunes, se encuentre significado por una cooperación más o menos estrecha para los objetivos concretos y determinados, ya se trate del bien común de la ciudad política a la cual unos y otros pertenecemos respectivamente, o del bien común de la civilización temporal en su conjunto.

Y sin duda en un dominio tal no es en calidad de creyentes, sino como pertenecientes a una misma patria, unidos por las costumbres, tradiciones, intereses, manera de sentir y de ver de una comunidad carnal, teniendo en común ese ideal histórico concreto, que los creyentes pertenecientes a religiones diferentes están llamados a realizar así obra en común. Pero esta obra en común temporal, está investida en los valores éticos y espirituales, que interesan al creyente como tal. Y es en esta obra común temporal donde reside además un elemento eficaz de primordial importancia (digo primordial y no suficiente) para la pacificación de los hombres: es la bondad mutua y la amistad de que hablábamos en las páginas anteriores.

En esta esfera de la vida temporal y política, la palabra que mejor conviene no es amor y caridad, sino amistad cívica, la cual es una virtud del orden natural bien que deba ser activada por la caridad. Esta, es una piedad que en un mundo en agonía, hace que los hombres que creen en lo sobrehumano, prisioneros de tantos prejuicios sociológicos, permanezcan ociosos en abrir sus corazones y en cooperar atrevidamente para salvar en la herencia de sus hermanos, los bienes elementales de la humanidad amenazada. No estará de más insistir sobre la importancia vital, totalmente desconocida por el liberalismo sectario del siglo XIX y por el actual paganismo, del espíritu de amistad en la esfera humana. Puede ser que los males

extremos y los horribles conflictos sufridos hoy por los hombres, tengan al menos el efecto de despertar por contraste, en buen número de ellos, el sentido de la amistad y de la cooperación.

La cruel anomalía de la cual nos ocupamos aquí, es que de hecho, históricamente, la religión, así como yo lo señalé al principio, parece haber contribuido a dividir a los hombres y a agravar sus conflictos tanto como a pacificarlos. Esta anomalía tiende a eso que hay de más profundo en la condición humana. Si el hombre no es elevado sobre sí mismo hacia los bienes eternos, cae debajo de lo humano; y esos mismos bienes eternos, en la medida en que él se ampara en ellos para su propio cosmos de debilidad y de pecado, le sirven para nutrir, fortificar y consagrar sus pasiones y su malicia. Para esta situación contradictoria no hay más que una clave; esta clave es la caridad. La religión, como todo lo que es grande, noble y exigente con nosotros, aumenta la tensión en la humanidad, y con la tensión el dolor, y con el dolor el esfuerzo del espíritu, y con el esfuerzo espiritual la alegría. *Tantum religio potuit suadere malorum*, decía el antiguo Lucrecio, en una fórmula por demás anfibológica. Él debió agregar: ¡Y tan necesaria es ella como la respiración lo es a la humanidad! ¡Y cuántos bienes ha podido estimular, alentar esperanzas y virtudes! Nada de lo hecho a través de los siglos ha sido sin la religión perdurablemente útil al ser humano, al menos sin la religión en sus formas más puras.

No es la religión quien contribuye a dividir a los hombres y a agravar sus conflictos: es la miseria humana y la división interior de nuestro corazón. Ciertamente, sin la religión seríamos mucho más malos todavía de lo que somos. Vemos hoy en día que cuando el hombre, dejando aparte las tradiciones sagradas, pretende liberarse de la religión por el ateísmo, o bien pervertir divinizando por una especie de *pseudoteísmo* o de *parateísmo* su propia sangre pecadora, es cuando las formas más tenebrosas del fanatismo se hacen sentir con todo rigor sobre el mundo. Solamente por una vida religiosa más profunda y más pura, únicamente por la caridad puede ser vencido el estado de conflicto y de oposición producido por la interferencia de la religión con la miseria humana. Pienso que para llegar a terminar completamente con todo fanatismo y fariseísmo se necesitará toda la historia humana. Pero es de la conciencia religiosa de donde ha de venir el término de estos males. Sólo ella lo puede. Ella es quien, espiritualizándose en el dolor, debe apartar progresivamente de sí misma y del mundo el fermento de los fariseos y el fanatismo de los sectarios.

Me parece que pensando en todas estas cosas, percibiremos mejor la grandeza dramática de nuestra época: como se ha señalado a menudo, una cierta unificación del mundo se produce en el orden infrahumano de la materia y de la técnica, mientras que en el orden humano se vislumbran las más salvajes divisiones. En un trastorno apocalíptico que pone en peligro las bases elementales de la vida, la ascensión de los hombres a una nueva era de civilización, se prepara de tal forma, que, sin duda, no marcará solamente una mutación histórica de gran importancia, para el bien y para el mal, en las formas de conciencia y de cultura, sino también el advenimiento de un estado más alto de unidad y de integración. y si bien se observa, es allí donde está el fondo de nuestra desgracia; la técnica ha precedido al espíritu, la materia ha ido más rápido que el alma. Esta misma no deja a los que quieren esperar (donde nosotros estamos), más que una sola esperanza: la esperanza en un esfuerzo heroico de espiritualización, gracias al cual todos los progresos de orden material y mecánico – que no se traca de condenar, pero sí de observar –, podrán en fin servir a un verdadero progreso en la liberación del ser humano.

Es decir que el mismo mundo dirige a los hombres una terrible intimación. Y es a los creyentes en primer término a quienes va dirigida esta intimación. El porvenir no será bueno ni para el mundo ni para la religión si los creyentes no comprenden esto que desde luego y ante todo les es exigido. Si <ellos descansan confiados de espíritu, dejan subyugar su alma por las fuerzas de disolución que oponen desesperadamente el mal al mal, y si alistan a la religión, aun cuando fuese en nombre de los intereses, como se dice, de ésta, en una obra cualquiera de dominación y de violencia, pienso que el prejuicio para la civilización sería irreparable.

Esto, que desde luego y ante todo les es demandado, aún en lucha temporal con los duros medios que ella comporta, no es dominar, es servir. Es mantener entre los hombres la esperanza en la buena voluntad, el espíritu de cooperación, la justicia, la bondad, la piedad para los débiles y los desheredadas, la dignidad humana y la fuerza de la verdad. Estas grandes palabras que acabo de pronunciar, no basta con invocarlas, es necesario encarnarlas en la vida. Si se dice la verdad sin practicarla, se carpe el riesgo de llevar a los hombres a mirarla como una impostura. Se ha repetido mucho en estos últimos tiempos, y con razón, que es en la existencia social y temporal, en la dura labor de los hombres, donde

los creyentes están llamados a confesar su Dios. Muchas cosas que aceptan hoy en día dentro de la condición terrenal de sus hermanos y en el régimen de las sociedades humanas parecerán más tarde tan poco dignas de ser aceptadas como nos parece en el presente la esclavitud antigua. La tragedia de la desocupación, de los refugiados y los emigrantes, la tragedia de la guerra, son el signo de un grave desorden; por lo tanto debemos trabajar sin reposo para remediarlo.

Lo que el mundo necesita es pan, sin duda -y es atroz pensar que ya antes de la segunda guerra mundial, y de la espantosa crisis que la acompañó, había sobre esta tierra tantos millones de hombres que no podían aplacar su hambre-, pero también)' ante todo precisa de las palabras que salen de la boca de Dios, palabras de verdad palpitante, eficaz y fecunda, y no digo única o exclusivamente, sino principalmente, de la contemplación de los santos, de su amor, de su acción, y de la fidelidad de nosotros que no lo somos. De testimoniar en el trabajo de cada día, modestamente, cada uno según su condición, en nuestras actividades sociales y políticas, el amor de Dios para los seres, y el respeto debido a la imagen de Dios en cada criatura humana.

Las similitudes analógicas en las ideas y los principios requeridos para la cooperación de los hombres de diferentes creencias en el orden temporal

Una cuestión queda por tratar, de la cual, para terminar, yo quisiera decir algunas palabras. En la primera parte de este capítulo, insistí sobre el hecho de que la división religiosa creaba entre los hombres una pluralidad fundamental de puntos de vista, y señalé la ilusión que consistiría en buscar la base y la razón del buen compañerismo, en un mínimo común de identidad doctrinal, mínimo común que se verá, a medida que se discuta, encogerse de más en más como la piel de zapa de la novela de Balzac.

Por otra parte, sin embargo, acabo de decir que éste compañerismo, fundado en la amistad y la caridad debe ir, en el orden de la civilización terrena, hasta una acción común (no exclusiva, sin duda, de oposiciones y de conflictos inevitables), hasta una cooperación verdadera para el bien de la unidad temporal. ¿Cómo será posible una acción común, sin principios comunes, sin una cierta comunidad doctrinal básica?

A esta cuestión, antes de pasar a consideraciones más concretas, respondo en seguida en mi vocabulario de filósofo: Hay entre todos nosotros una unidad más primitiva y más profunda que cualquiera de pensamiento y de doctrina: es la unidad de la naturaleza humana y de sus inclinaciones primordiales tomadas en su realidad extra-mental. Esta unidad no basta para asegurar una comunidad de acción, puesto que nosotros actuamos como seres pensantes, y no solamente por instinto natural. Está supuesta en el ejercicio mismo de nuestro pensamiento, y es la unidad de una naturaleza racional, sometida a la atracción inteligible de los 'mismos objetos primordiales, y es el primer fundamento de las similitudes que nuestros principios de acción, por diversos que sean, pueden tolerar entre sí. Luego, la unidad de la obra terrena a realizar y el fin temporal perseguido, suponen necesariamente una cierta comunidad de principios y de doctrina, pero no necesariamente – tan deseable evidentemente mejor y más eficaz que lo que ésta sea en sí misma –, una estricta, pura y simple identidad doctrinal: basta que los principios y doctrinas tengan entre sí una unidad y comunidad de similitud, o de proporción, digamos, en el sentido técnico de la palabra, de analogía, con respecto al fin práctico en cuestión, que, de sí, siendo referido a un fin superior, es de orden natural, y que es sin duda concebido por unos y otros según las perspectivas propias de cada uno, pero que en su realidad esencial estará colocado fuera de las concepciones de cada uno y que, considerado así, en la existencia real, alucinará en una cierta medida, realizándolas, las concepciones particulares de cada cual.

Por consiguiente, los hombres, poseyendo convicciones religiosas diferentes, podrán colaborar no sólo para establecer una técnica, apagar un incendio, socorrer a un hambriento o un enfermo, obstaculizar una agresión, sino también, y es lo que nos interesa aquí, es posible si existe la comunidad de analogía de que acabo de hablar, entre sus principios de acción, que cooperen al menos y ante todo acerca de los primeros bienes de la existencia acá en la tierra, en una acción constructiva concerniente por siempre jamás, a la ciudad temporal, la civilización terrenal, y los valores morales de que están investidos. Reconozco esta posibilidad en el instante mismo – y estas dos aserciones no son incompatibles – en que adquiero una conciencia más profunda de mi convicción, de que una doctrina completa basada en la enseñanza católica es capaz solamente de aportar una solución enteramente verdadera a los problemas de civilización.

¿Puedo indicar aquí, a título de ejemplo, y refiriéndome al dominio mejor conocido por mí, quiero decir al de la cristiandad europea, y a un caso que interesa por igual a la vida religiosa, que para la Iglesia ortodoxa en la Unión Soviética, para la Católica y las comunidades protestantes en Alemania, los problemas pragmáticos concernientes a la relación de lo espiritual y lo temporal, y las soluciones prácticas relativas a estos problemas, comportan tal similitud, que en el período que precedió a la segunda guerra mundial la experiencia y el testimonio de los creyentes pertenecientes a estas diversas confesiones cristianas han constituido, como en sus sufrimientos, una especie de bien común?

Otro ejemplo puede ser extraído de la convergencia práctica que se manifiesta hoy día en lo que se refiere a mirar las cosas de la civilización y la defensa de la persona humana, entre posiciones tan incompatibles como la de Karl Barth y la nuestra. Un tomista y un barthiano chocarán siempre en teología y filosofía; y pueden actuar juntos en la vida.

Pero es necesario precisar más. Hemos dicho que la base del *fellowship* entre creyentes pertenecientes a familias espiritualmente diferentes, es la amistad y el amor de caridad. Agreguemos más: son las complejidades del amor mismo que nos proporcionan el hilo conductor que necesitamos y que nos manifiestan la comunidad analógica de pensamiento práctico en lo cual está la eterna cuestión.

Está bien claro, en efecto, que si las cosas son tal como nos las dicen, la similitud primera y fundamental entre nosotros es el reconocimiento del valor ético mayor y primordial de la ley del amor fraternal, de esta ley que unos y otros entienden con connotaciones teológicas y metafísicas diferentes, y que para los cristianos, respondiendo para arrimar divinamente a una tendencia radical, bien que terriblemente contrariado, de nuestra naturaleza, es el segundo mandamiento que no hace más que uno con el primero, el de amar a su prójimo como a sí mismo. “*Mi sentimiento* – escribía Gandhi en 1920 en una nota sobre el Satyagmha – *es que las naciones no puedan realmente ser unidas, y que sus actividades no serían conducidas para bien común de la humanidad, a menos de reconocer expresamente y de aceptar la ley familiar de amor en los asuntos nacionales e internacionales, en otros términos, en el orden político. Las naciones no pueden ser civilizadas más que*

en la medida en que ellas obedecen a esta ley".³ Ésta es la verdad; también yo estoy persuadido de ello.

Y bien, esta misma ley de amistad fraternal contiene prácticamente muchas implicaciones. La primera verdad que implica, y que está antes que las otras, es la de la ordenación de nuestra existencia en Dios y del primer mandamiento, amar a Dios por encima de todo. ¿Cómo podría en efecto la ley del amor, tener para los hombres un valor absoluto, superior a todas las oposiciones y odios que los enconan, si los hombres todos, cualquiera sea su raza y su color, su clase, condición social, defectos de naturaleza, no reciben de un Absoluto superior al mundo, el lazo de una comunidad entre ellos más radical y más decisiva que todas sus diferencias, y no están hechos para amar desde luego este Absoluto, en el cual, todas las cosas, son, viven y se mueren? Es bien fácil comprobar que en los grandes movimientos de los que hemos sido testigos y donde Dios es prácticamente negado, sea en virtud de un ateísmo que no reconoce su existencia, sea en virtud de un pseudo teísmo que blasfema su naturaleza, el amor y la caridad están igualmente rechazados como debilidades y como el peor enemigo ya sea del Estado, o de la revolución. Los textos de los teóricos de estos diversos movimientos son claros a este respecto.

La segunda contradicción es, de una parte, la santidad de la verdad, de otra el eminente valor de la buena voluntad. Si el hombre puede torcer la verdad al grado de sus deseos, ¿cómo no querrá doblar la del prójimo? Los mismos que desprecian la caridad piensan que la verdad depende, no de lo que es en sí misma, sino por lo que sirve a cada instante con más eficacia a su partido, sus codicias y sus odios. Y a los mismos que desprecian la caridad despreciando también la buena voluntad, esta palabra les parece insípida y peligrosamente liberal. Olvidan, al menos los que se dicen cristianos, que es de origen evangélico. Y es evidente que la buena voluntad no basta, y que los que la confunden con la buena veleidad engañan a las personas. Pero aquélla es necesaria y primordialmente necesaria; es útil para todo; y en su realidad auténtica designa al misterio sagrado que en el hombre actúa sobre la salvación y hace que él pueda ser llamado pura y simplemente bueno, que le permita salir de sí mismo e ir al encuentro del prójimo; por eso lo, fariseos y los fanáticos, amurallados en sus sepulcros, queriendo encerrar al

³ Report of the Commissioners appointed by the Punjab Subcommittee of the Indian National Congress, 1920. vol. 1, cap. I.

mundo entero en ellos, no solamente desconfían, detestan la idea misma de la buena voluntad.

La tercera contradicción contenida en la amistad fraternal, es la dignidad de la persona humana con los derechos que ella entraña y las realidades que la fundan, quiero decir la espiritualidad del alma humana y su destino eterno. En el documento que ha poco cité, Gandhi indicaba *“que es necesario reconocer expresamente la existencia del alma que está en nuestro interior, si la Sathyagraha debe creer que la muerte no significa la cesación del combate pero si su punto culminante”*. Pero para mí, cristiano, yo bien sé de dónde tomo mi fe en la inmortalidad del alma y en la dignidad de la persona humana. Leo en el Evangelio: ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo, si acaba de perder su alma? Y leo también que los cabellos de cada uno de nosotros están contados y que los Ángeles que ven la faz del Padre tienen necesidad de cada uno de los hijos de los hombres, iguales en esta dignidad, y que nosotros debemos amar a nuestros enemigos. Y ahí leo la historia de este hombre que se va de Jerusalén a Jericó, y que los ladrones dejaron medio muerto en el camino, y en el que un samaritano – es decir, un extranjero con el que los judíos no congeniaban, y que no profesaban sus mismas creencias religiosas –, reconoció a su prójimo porque éste tuvo piedad de él. Mientras que un doctor de la ley, y un sacerdote, caminando con el corazón cerrado, se excluyen de la proximidad de los hombres, La misteriosa palabra de Cristo a este respecto, significa que depende de nosotros ser el prójimo de todo hombre, si le amamos y tenemos piedad de él. No es la comunidad de raza, de clase o de nación, es el amor de caridad, quien nos constituye en lo que debemos ser, miembros de la familia de Dios, de la sola comunidad donde cada persona, arrancada de su soledad radical, comulga verdaderamente con los otros, y hace de ellos sus hermanos, porque se da a los mismos y muere en cualquier forma por ellos. Ninguna palabra significa tan profundamente el misterio y la dignidad de la persona humana. ¿Quién es mi prójimo? ¿El hombre de mi sangre?, ¿de mi partido? ¿El que me favorece? No, es aquel por el que siento misericordia y con respecto al cual pasa por mí el universal don y amor de Dios, quien hace llover las aguas del cielo sobre los buenos y los malos.

Existencia de Dios, santidad de la verdad, valor necesidad de la buena voluntad, dignidad de la persona, espiritualidad e inmortalidad del alma, y todas las demás implicaciones que le están ligadas que no menciono aquí; estas nociones,

que responden a designios espontáneos de nuestra razón, y a las inclinaciones primordiales de nuestra naturaleza, no son entendidas de una manera idéntica unívoca por los creyentes de las diversas religiones que se dividen la humanidad. Así, de este modo, el cristianismo y el budismo se forman una idea diferente de la persona humana, la supervivencia del alma está concebida de distinta manera por los que creen en la inmortalidad individual y en la resurrección de los cuerpos y por los que creen en la transfiguración; la santidad de la verdad aparece con otra luz según el criterio con que se concibe; la revelación y la razón humana; el valor de la buena voluntad tiene una connotación distinta para el católico que cree en la gracia santificada, para el ortodoxo que creen en el Espíritu increado santificador pero no en la gracia creada. para el protestante que cree que los méritos de Cristo están imputados a una naturaleza esencialmente corrompida, para el israelita que cree en la Ley, para el musulmán que cree en la salvación por la sola profesión de la fe islámica, y la diferencia en cuestión es más grande todavía entre estos grupos religiosos y los que creen en Karma.

Yo no pienso que la existencia de Dios sea rechazada, como se dice a menudo, por el budismo, ni que el budismo sea en realidad una religión atea; yo pienso más bien, que este aparente ateísmo proviene de que el budismo se ha desarrollado históricamente como una especie de destrucción mística de la afirmación brahmánica, y de las formas constructivas del yoga que le están unidas, de suerte que la ascética budista y el nirvana serán como una vasta teología *apophatique* o negativa que quedaría sola en el vacío; pero en fin este ejemplo pone bien en claro en cuánto pueden diferir las ideas que los creyentes de las diversas religiones se hacen de Dios; es necesario todavía añadir que los que se creen incrédulos pueden en su vida práctica, eligiendo el bien moral auténtico, optar por Dios, en virtud de su gracia, sin por eso conocerlo de una manera consciente y conceptualmente formulada.

Y bien, todo esto muestra, que no hay univocación entre los caminos que cada uno sigue, y que la buena inteligencia práctica de unos y otros no se funda sobre un mínimo común de identidad doctrinal. Hay allí, en un sentido, menos que un mínimo común, porque entre las diversas perspectivas religiosas, ninguna noción, en definitiva, a parece como unívocamente común. Y, en otro sentido hay mucho más que un mínimo común, porque entre los que perteneciendo a diferentes familias religiosas, dejan pasar por ellos el espíritu del amor, las implicaciones del

amor fraternal, establecen en los principios de la razón práctica y de la acción, con respecto a la civilización terrena, una comunidad de similitud y de analogía que corresponde por una parte a la unidad fundamental de nuestra naturaleza racional, y por otra interesa solamente un número mínimo de puntos de doctrina, pero se adentra en toda la serie de nociones prácticas y de los principios de acción de cada uno. No es un equívoco a que ellos se unen para cooperar al bien de la ciudad humana. Es en la comunidad analógica entre principios, movimientos y caminos prácticos implicados por el común reconocimiento de la ley del amor, y correspondiente a las inclinaciones primordiales de la ley humana. ¿Y por qué he de disimular que para mí, cristiano, según la fe del cual un solo nombre ha sido dado a los hombres en el cual pueden ser salvados, en el mismo orden temporal, esta comunidad de analogía supone ella misma, un primer analogado puro y simplemente verdadero? ¿Y que implícita o explícitamente es a Cristo, conocido por unos, desconocido por otros, hacia donde tiende en definitiva, bajo formas más o menos perfectas y puras, todo lo que hay de auténtico amor, trabajando en el mundo para la reconciliación de los hombres y el bien común de su vida terrena?

En esta tentativa filosófica de resolver un difícil problema, he hablado según mi fe, y espero no haber dicho nada que llegue a ofender la conciencia de ninguno de mis lectores. Seré feliz si he conseguido indicar con suficiente claridad cuáles son, del punto de vista de un católico, los fundamentos de una mutua benevolencia y comprensión entre los creyentes de las diversas familias religiosas, y de una cooperación positiva entre ellas para el bien de la civilización. El bien de ésta, es también el de la persona humana, el reconocimiento de sus derechos y de su dignidad, fundados en definitiva sobre el hecho de que es la imagen de Dios. No hay que engañarse: la causa de la persona humana y la de la religión están unidas. Tienen los mismos enemigos. Ha pasado el tiempo en que un racionalismo mortal para la razón, y que preparó nuestras desgracias, pretendía defender la persona y su autonomía contra la religión. A la vez contra un materialismo ateo y un irracionalismo ebrio de dominar y humillar, que pervierte los instintos auténticos de la naturaleza humana y que hace del Estado político un ídolo supremo, un Dios Moloch, es la religión que defiende mejor a la persona y a su libertad.

Finalmente, si se me pregunta por qué razón es posible suponer que Dios ha

permitido las divisiones religiosas entre los hombres y estas herejías que “deben producirse”, como dijo Pablo, yo responderé: para la educación de la humanidad, y para preparar el camino de la unidad religiosa que sentará plaza al fin. Porque de un lado hay algo que ‘sobrepasa el poder del hombre para mantener la fuerza y la pureza de las virtudes colectivas de una comunidad natural cualquiera, cuando no en el seno de las particularidades hereditarias, estrecheces y prejuicios de este grupo terreno y sociológicamente cerrado. Y porque del otro, la vida común de la Iglesia, o del Reino de Dios peregrinando en la tierra, es de una comunidad espiritual y sobrenatural, superracial, superracional y supraterrena, abierta íntegramente a la humanidad como lo está a la Deidad y a la sangre divina y deificante. Son necesarios muchos sufrimientos y muchas purificaciones a lo largo de la historia humana para librarnos de todas las restricciones y contaminaciones que la ley de las unidades carnales puede hacernos sufrir en las esenciales demandas de la unidad espiritual.

El día en que todos los fieles puedan vivir con los hombres de otras creencias guardando a su respecto virtudes perfectas de justicia, de amor y de inteligencia, y conservando al mismo tiempo la verdadera fe íntegramente perfecta y pura en sí mismos, ese día los hombres no tendrán, en realidad necesidad de practicar estas virtudes con gentes de otras creencias, porque la infidelidad y la división religiosa habrán desaparecido de la faz de la tierra.

